

Editorial

Medio siglo de un ensayo

El libro que Medardo Vitier publicó en 1945 en el recientemente estrenado Fondo de Cultura Económica, que inauguraba además colecciones hoy clásicas, pareciera que en los últimos años ha estado destinado a ser principalmente pieza de una bibliografía obligada, referencia erudita, acaso de segunda mano, cita de cita, más que un libro con el que se dialoga acerca de un género que «casi» no tiene una historia escrita en Hispanoamérica. Vitier y todo el mundo advierten que no intentarán hacer una historia del ensayo. Esto es, semejante empresa se presenta como imposible, deseable pero inabarcable. El «casi» no previene contra las obras existentes en este sentido, sino tal vez lamenta que no se hayan escrito después libros semejantes al de Vitier, que los ensayistas recientes ni siquiera hayan sido abordados a la manera de Vitier, que posiblemente resulte «anticuada». El escolar esfuerzo de Peter Earle y Robert Mead en 1973 con su Historia del ensayo hispanoamericano termina siendo una especie de simulacro de historia, una involución, camino cerrado para abordar el asunto. ¿Es que han cambiado tanto los esquemas conceptuales y los moldes de la organización de los discursos como para que no pudiera intentarse una analogía? ¿Muy en el fondo no ha habido, más bien, una repetición del esquema, pero debilitado? ¿O indolencia? ¿Otra vez la fragmentación cultural y la mala circulación de libros nos impide saber en Venezuela lo que hacen hondureños, chilenos de esta hora o los elementos para jerarquizar lo que han publicado, desde los años setenta, por ejemplo, argentinos que no sean Borges o Sábato? Entre el ensayo de este continente y los libros que lo estudian y antologan hay un largo desfase, repetido en el caso de la crítica literaria, mientras la poesía y la narrativa, con toda lógica, han tenido otra suerte, mejor, más clara. Basta ver de qué manera han resuelto sus problemas manuales literarios de conjunto como los de Anderson Imbert y Luis Alberto Sánchez. ¿Pueden hacerse en el presente, no se diga en el futuro próximo, intentos semejantes que sirvan al menos para limpiar el terreno de lo «nuevo» sin amontonarlo en ficheros inertes? ¿Tiene sentido tal designio? Seguramente habría de tener en cuenta que las tradicionales maneras de clasificar autores por períodos, generaciones, incluso por temáticas, funcionan malo insuficientemente para los ensayistas. La última categoría, la temática, acaso sea la más fácil o única de detectar y ya es tradición inmodificable, de la que el

libro de Vitier forma parte, que los representantes del ensayo hispanoamericano sean organizados precisamente en función de una temática prioritaria, de su capacidad para reflexionar sobre el angustiante fenómeno americano. Después de Vitier lo trató muy bien Zum Felde. Lo dice Vitier en el prólogo: contenidos, mensajes, emoción histórica. El 45 era coronación de un arco de continuidad, lo que no quiere decir que en el 2010 será tema sin vigencia o que la ensayística hispanoamericana debe olvidarse de esas cosas, cuando se trataría, además, de saber cómo funciona algo llamado ensayo, sin importar su temática. Y no es añorar que el género sea estudiado en su pura retórica sino suponer que su «poética», su automeditación, su metodología de la imaginación, pueden ser muy importantes para saber de qué manera o forma se dio el proceso del pensamiento en nuestros autores, pensamiento que no es puro raciocinio, que es también diálogo con el contexto, ideas recibidas, ideas imperantes como imaginarios imperantes. No hay burla en esta definición ni sarcasmo contra la angustia acerca de la identidad buscada: si algo había de unitario y unificador era tal sujeto meditativo que tal vez carecía en 1945 de los matices políticos que las cosas adquirieron contemporáneamente con la revolución guatemalteca, o en los sesenta con la cubana. La presencia de Mariátegui o Vasconcelos en este volumen, unos veinte años después de sus hazañas doctrinales y su escritura, se hace ya en perspectiva de lo consumado. En los años cuarenta pareciera que todavía era ley el imperativo del «alma nacional», compartido por derechas e izquierdas literarias, de indagar nuestra expresión. No es tampoco ninguna casualidad que en la historia del pensamiento filosófico hispanoamericano de ese momento se diera, como ocurría ya en la música académica, un tono de «nacionalismo».

Insinuados, abocetados, los ensayistas hispanoamericanos como que sólo tienen una oportunidad o «método» de ser abordados: mediante los perfiles que Henríquez Ureña aplica a lo largo de toda su obra -ensayos sobre ensayistas-, Luis Alberto Sánchez usa en su serie de Escritores **representativos** de América, o bien a la manera superclásica que les consagra Medardo Vitier en su **Del ensayo americano: una monografía**, en cada caso, a su vez ensayística; apreciaciones generales que de ninguna manera agotan el tema tratado, es decir, la entidad completa del autor abordado. En los tres escritores mencionados, se producen como «lecciones» que son a la vez «valoraciones»; creación de «buen ambiente» simultáneamente con admiración, simpatía y una suerte de deber moral que calibra los valores americanos, tan buenos como los de otras partes del mundo. Y no es cuestión de complejo de inferioridad ante los extranjeros sino gentilicio emocionado. Desde luego que el autor de la monografía ensayística enfrenta la teoría internacional -francesa e inglesa- sobre el ensayo, se ve que está informado de trabajos anglosajones y en esa fecha señala una distinción que por lo visto ha sido desatendida por ciertas obras posteriores para las cuales todo trabajo de prosa de no-ficción es ensayo y ensayista hasta el más enredado autor de manuales. Vitier, guiado todavía por clasificaciones retóricas, diferencia entre la crítica o el tratado y la «libertad ideológica y formal» del ensayo. Es un asunto que

seguirá peleándose, pero vale la pena recordar uno de los momentos en que fue argumentado en un libro hispanoamericano.

*El libro de Vitier alcanza en 1995 medio siglo de vida y a lo mejor el diálogo que pudiera suscitar se encuentra en el hecho de colocarse muy precisamente en lo alrededores de una fecha a partir de la cual se comenzaría a contar la historia contemporánea del ensayo hispanoamericano. El mismo libro de Vitier, en su esquema organizativo, en el tipo de «género» al que pertenece su prosa -su **genera dicendi**, esto es, más o menos, su implícita filosofía del fenómeno estético-cultural hispanoamericano-, no menos en su castiza expresión, casi hispanizante -se regodea en ello-, corresponde por entero a una especie de fin de época, que por otra parte clausuraría en tanto suma y balance.*

*No sorprende así que en un volumen de trescientas páginas, casi la mitad esté consagrada a los grandes ensayistas del pasado, remontando la insistencia, el esfuerzo y el árbol genealógico a Sarmiento, Montalvo, Hostos, Rodó, Francisco García Calderón, incluso Carlos Arturo Torres, quienes seguramente eran para 1945 emblemas, realidad viva pero del pasado, tradición con la que no se había tomado una distancia parricida. Eran abuelos, más bien, hasta bisabuelos. El parricidio fue fenómeno de los años cincuenta, sintomático de una alineación de valores: a partir de ahora se entraba definitivamente en lo «contemporáneo», aunque ese esfuerzo de contemporaneizarse estuviera chocando constantemente con «taras» nacionales, políticas, étnicas, como las pintadas por Sarmiento. Lógicamente, en los cincuenta, los enemigos eran los de la década anterior. En Vitierhabría el culto a lo consagrado, muy propio todavía de los cuarenta. Ya se sabe que la exaltación de la continuidad y la armonía de una cadena solidaria pertenecen al molde de un pensamiento clásico, menos interesado en los «procesos», que es una forma de historiografía más atenta a los cortes y nerviosismos dialécticos. Lo probaría acaso también que el gran intermedio contemporáneo entre el pasado romántico, positivista y modernista fuera un enorme sintetizador de verdadera dimensión e intereses, influencia y Jama continentales como Pedro Henríquez Ureña, para la fecha del libro de Vitier, una de las presencias organizadoras más decisivas, y Vitier, menor, una variante de ese modo de la filología hispánica: América Latina como parte de la cultura de las lenguas romances, cultura de latinidad o romanidad. El gran humanista dominicano publica en esa misma fecha, en inglés, sus *Corrientes literarias*, Leopoldo Zea hace balance del positivismo mexicano, etc. Se trata pues de una época de síntesis y perspectivas. Pero en ella se percibe, a lo mejor porque la visión empleada para hacer el arqueológico cultural es humanística, que no existe la ansiedad de la contemporaneidad -parecer moderno, desligado de un medio que es visto como limitado, parroquial, provinciano, no «internacional»- que en la vida cultural hispanoamericana se haría presente como generalización una década después. En Argentina estaba Mallea, por ejemplo, que revelaría sí esa congoja contemporánea de lo rápido. Antes, por los treinta, Martínez Estrada: lo verdaderamente bárbaro e incivilizado es la urbe, también manifestación*

de parasimpático alterado por un golpe de Estado que cambió el curso social de su país, muy moderno pese a ese hecho prehistórico.

El libro de Medardo Vitier, por otra parte, alude frecuentemente a una especie de horizonte filosófico como existencialista -menciona sin embargo más **bien a la «fenomenología»**, que con seguridad tenía muy buen momento en Hispanoamérica, precisamente por las grandes traducciones lanzadas por el Fondo de Cultura Económica-, toda vez que tal era la jerga de moda en el ambiente, al igual que hace numerosas referencias a la terminología de la estilística, también en auge entonces, o al menos muy llena de prestigio y fama, sin duda por el libro de Amado Alonso sobre Neruda, que es del 40. Sin embargo no parecen más que concesiones, como adecuaciones **a la lengua cultural imperante de una época**, superficie que no altera la intrínseca condición «clásica» de su abordaje de los ensayistas. Pasaría lo mismo cuando se sigue **la pista** a ciertos libros hispanoamericanos de finales los años sesenta, seguidores de ciertos moldes convencionales con naturales concesiones a terminologías estructuralistas y palabras de la lingüística usadas permisivamente. Ya antes ocurrió **con el determinista léxico del positivismo** entre los líricos modernistas.

No es cuestión de objetarle las ausencias de ciertos escritores, ya que un estudioso tiene el sagrado derecho a las lagunas y las preferencias. En ellas se palpa también la involuntaria limitación impuesta por el tiempo sobre la capacidad de abarcamiento del estudioso. Suele cometerse la injusticia del anacronismo al exigirle **a un autor que no vea lo que es después evidente**, pero también hay cegueras **que matan**. A lo mejor en 1945, o en los años anteriores a cuando fue redactado el libro, Henríquez Ureña o Alfonso Reyes ofrecían ya elementos para un perfil más redondo, pese a que al último le quedarán unos quince años de vida por delante, lapso que por lo visto no cambió su perspectiva, como sabemos hoy, a medio siglo de Vitier. O posturas **singulares: a Germán Arciniegas**, también muy perfilado para la época, trata Vitier **con ciertas pinzas**: le parece un poco antihispánico. Seguramente porque eran vistos como consecuencia y resultado de una cadena solidaria, que Vitier hace arrancar de Sarmiento, si bien sabe que va más atrás. Este problema visual de perspectiva u horizonte intelectual se hace desde luego más redondo si se **tiene cuenta que apenas en 1945 el grupo Orígenes estaba apareciendo**, que Octavio Paz no había escrito todavía verdaderos ensayos. Borges, no famoso aún, aparece reducido **aquí a unas líneas en las que se apunta su índole fragmentaria**.

Oscar Rodríguez Ortiz